

Salimos amo y lego, no acabando de admirar bastante un establecimiento en que se encerraban quinientos jóvenes, que hubieran sido otras tantas carcomas de la sociedad, que hubieran corrompido un cuádruple número de los de su edad, y que al cabo de algunos años de *penitenciaría* salen con un oficio aprendido, con un caudalito ahorrado, y pueden ser otros tantos ciudadanos honrados y laboriosos. ¡Ojalá en lugar de ocuparse los españoles en intrigas políticas, pensaran en crear establecimientos de esta clase!

La ermita y el pabellon de Rousseau.

Una de las excursiones que suele y debe hacer el curioso viajero que se halle en París, es á *Montmorency*, pequeña ciudad á tres leguas norte de la capital, tanto por su situacion pintoresca como por hallarse allí la célebre *Ermita de Rousseau*, su *pabellon* y otros no ménos curiosos monumentos.

El dia que se destine á esta excursion pueden hacerse, como decimos en España, de una via dos mandados, visitando las tumbas de los reyes de Francia en la catedral de *Saint-Denis*, distante dos leguas en el camino mismo de *Montmorency*. En el arrabal llamado de *San Dionisio* hay diferentes empresas de carruajes que parten diariamente cada média hora á la ciudad de este nombre y conducen al viajero por el módico precio de 3 reales (75 centimos); desde *Saint-Denis á Montmorency* se apresta otro carruaje, de que hay siempre y á todas horas grande abundancia. Esta expedicion la hicimos cuatro españoles reunidos.

Montmorency está situada en una altura que domina el valle del mismo nombre, valle feracísimo y risueño, sembrado de lujosas casas de campo, de bosques de castaños, hermosos parques, paseos deliciosos, fuentes y baños de aguas sulfurosas, la casa de *Catinat* y el famoso lago de *Enghien*, al cual en las fiestas patronales tienen costumbre los elegantes parisienses de bajar montados en pollinas, de donde le viene el nombre de la fiesta ó paseo de *las asnas*, y en el cual se embarcan y juegan despues en lindos barquichuelos. Todo este conjunto hace que las vistas de *Montmorency* sean acaso las mas pintorescas y amenas de las cercanías de París.

Nosotros habíamos emprendido nuestra viajata ni mas ni ménos que como *Rousseau* habia empezado á recibir su primera instruccion, es decir, sin guia ni amigo que supiese dirigirle. Pero

confiados en el adagio español, « preguntando se va á Roma, » preguntando á unos y á otros lográmos dar con la famosa *Ermita (l'ermitage)*, que está cerca del bosque llamado *El Castañar*, destinado para las danzas en las citadas fiestas. En el jardin contiguo á la *Ermita* hay un busto de *Juan Jacobo* y un mausoleo de mármol blanco erigido á la memoria del célebre músico *Gretry*, autor de 40 óperas, entre ellas la de *Ricardo corazon de leon*, que habitó tambien aquella *Ermita* y murió en ella en 1813.

Mirábamos nosotros la casita en que vivió el filósofo ginebrino con la curiosidad y respeto que inspiran naturalmente las viviendas de los grandes hombres. « Aquí, decia uno, fué donde compuso el escritor ilustre las obras que le abrieron tan distinguido lugar en la literatura moderna. — Esta es la morada, decia otro, que le proporcionó su querida *Madama de Epinay* cuando le dijo: « Oso mio, ahí tienes tu asilo: tú le has escogido y la amistad te le ofrece. » Esta puede llamarse el regalo del amor. — Sí, añadió yo, pero bien pronto en este mismo sitio se prendó de la condesa de *Houdetot*, cuñada de la *Epinay*, cuyos locos amores le acarrearón los disgustos que era natural le produjesen los celos de su generosa querida, y aun el tener que romper las amistosas relaciones que le unian con *Diderot*, y casi las de todos sus amigos. Y no hablemos de sus antiguos amores con la baronesa de *Warens*, á quien en medio de sus infidelidades no pudo nunca olvidar. »

Tirabeque, que habia estado callado oyendo estas conversaciones, rompió el silencio y me dijo: — Señor, por lo que Vds. hablan, ese hombre era de aquellos de « tantas veo, tantas quiero. » ¿Y es ese aquel *grande hombre* del PANTEON que sacaba el brazo con una candela para iluminar el mundo? — El mismo, *Pelegrin*. — Pues señor, dígole á Vd. que por sus luces no diera yo seis maravedís. — Pues aun no sabes lo mejor. Mira: aquí en esta misma *Ermita* tan nombrada vivió con las que él llamaba *sus amas de gobierno*, que eran una madre y una hija que habia conocido en una posada de París: y de la hija refieren que era tan estúpida que nunca pudo contar por su orden los meses del año, y le sucedia tambien lo que cuentan de nuestro difunto picador de toros Sevilla, que le costaba trabajo entender las horas de una muestra de reloj. Pues bien, el *grande hombre* se enamoró tambien de aquella *gran mujer*, y la *antorcha del mundo* se dejó dominar de aquella *ilustrada moza*, y se casó con ella y le hizo padre, ó por mejor decir, le hizo padre ántes de casarse con ella. —

Pues señor, me gusta la vida que hacia el *santo Ermitaño*. — Para que veas, Pelegrin, como los hombres mas grandes son los que incurren tambien en las mas grandes flaquezas. Sin embargo, aunque la vida de *Rousseau* tuvo periodos que no fueron sino un tejido de aventuras y hechos inmorales, tuvo tambien el hijo del relojero de Ginebra otros periodos de heroismo, y de sentimientos virtuosos y pensamientos sublimes. *Rousseau* tuvo mucho de bueno y mucho de malo : como literato calavera, su vida fué una serie de desgracias y de fortunones, de persecuciones y proteccion : como filósofo extravagante, tuvo rarezas sin cuento y rasgos de genio privilegiado y de hombre vulgar.

— Señor, y estos hombres son los que despues de muertos son venerados mas que si fueran santos, y todo el mundo se hace lenguas de ellos, y los colocan en los grandes panteones, y vienen los extranjeros á visitar su ermita como si fuese la ermita de San Pablo ó el Santo Sepulcro de Jesucristo ! ¡ Válgame Dios, mi amo y cuánto aprende uno y cuánto se desengaña en los viajes ! — Para eso no es necesario viajar, Pelegrin ; porque tambien en España como en todas partes del mundo acaece detestar los hombres á tal ilustrado sugeto en vida por sus vicios, y despues de muerto hacerle una média apoteósis. En todos tiempos ha sucedido así. No hay cosa como morir, Tirabeque : la muerte es una pintura que hace mucho favor á algunos retratos, pues con su negro pincel suele borrar lo malo y dejar solamente lo bueno.

— Si á Vds. les parece, dijo uno de los compañeros, podemos pasar á ver el *Pabellon*. — Cuando Vds. gusten, les respondí. Y nos dirigimos al pueblo, donde nos habian informado se hallaba.

Acusado el filósofo de Ginebra de traicion por la mayor parte de sus amigos, y creyéndose cercado de lazos y emboscadas, se trasladó en 1758 en el rigor del invierno á una pobre habitacion cuyo techo de tablas podridas estaba amenazando ruina y la cual le cedió su amigo el duque de Montmorency. Esto es lo que hoy se llama el *Pabellon de Rousseau*. Tomando lenguas fuimos conducidos á una humilde casita, que estaba cerrada. Usando de la libertad de extranjeros y de la franqueza española, llamámos, y salió á respondernos una vieja cuya fachada no dejaba de consonar con la de la casa. Nos preguntó qué se nos ofrecía, y le respondimos que éramos cuatro extranjeros que tendríamos gusto en visitar el *Pabellon del grande hombre*, si en ello no habia inconveniente. Con su otorgamiento de concesion entrámos en un pequeño pasillo descubierto que conducia á la casita. Sobre el dintel de la

puerta se leia la siguiente inscripcion, de la cual lo marcado con puntos estaba borrado. «..... llamado trasportado el 15 de Diciembre de 1758 por sus amigos el difunto Mariscal de Luxemburgo, propietario del castillo de Montmorency y el difunto príncipe de Conty, que quisieron sustraerle al decreto de arresto lanzado contra él el 8 del mismo mes por el Parlamento de Paris despues de la publicacion del *Emilio*. Él escribia el 7 á uno de sus amigos en estos términos : « He dado gloria á Dios, he hablado para el bien de los hombres : por una tan noble causa no rehusaré jamas el sufrir : hoy se vuelve á abrir el parlamento ; espero tranquilo lo que guste decretar. »

Debajo de esta inscripcion se añadia, « que él habia escrito allí el *Contrato Social*, una carta al Parlamento, y que habia dado la última mano á su *Julia*. »

La vieja se nos habia retirado, pero no por eso dejámos nosotros de irnos internando con nuestra franqueza española (y á fe que fué la que nos valió, pues de otro modo nos hubiéramos quedado sin verlo). Encontrámonos en una cocina, donde se hallaba nuestra vieja, (que en verdad no era la mas digna sustituta de la *Nueva Eloisa*) ocupada en atizar sus pucheros. — Madama ¿ se pasa por aquí al *Pabellon*? — Si, señores, sigan Vds. por ahí que allá voy yo. Entrámos pues en el famoso *Pabellon*, que es una especie de pequeño terraplen con su emparrado y sus árboles á la orilla : á uno de sus extremos habia una mesa redonda de piedra, con una plancha de bronce embutida en medio, en que se leia : « *Aquí es donde ha pasado los bellos dias un grande hombre : veinte diversas obras maestras han señalado su curso ; aquí nacieron el Saint-Preux y la Julia, y esta simple piedra es el altar del genio. — El 27 de Marzo de 1787. — Gabriel Risard.* »

He aqui, dije á mis amigos, donde nacieron aquellas dos célebres obras, de las cuales decia el mismo *Rousseau* : « *El que no idolatre á mi JULIA, no sabe lo que es necesario amar, y el que no es amigo de SAINT-PREUX no puede serlo mio.* » — En efecto, me respondió uno de ellos ; pero segun la inscripcion de la puerta tambien nació aqui aquella obra destructora de toda organizacion política existente. — ¿ Habla Vd. del *Contrato Social*? le preguntó el otro compatriota. — Si, señor. — Pues amigo, perdone Vd., que para mí es el mas acertado código de instituciones políticas que se ha escrito : él fué el que adoptó la Convencion haciendo á su autor el merecido honor de colocar su busto en el salon de sesiones. — Pues yo detesto sus doctrinas fundadas sobre la soberania na-

cional. — Cabalmente es por lo que á mí me gustan : la soberanía de todos es la única ley omnipotente. — Mejor dirá Vd. que es el principio subversivo de toda sociedad. — Así hablan los retrógrados. — Y como Vd. piensan los anarquistas.

Así se iban explicando mis compañeros de expedición, los cuales no hay que decir el partido político á que cada uno pertenecía.

La cuestión política los iba acalorando en términos que temí que la polémica tuviera un resultado disgustoso; Achaque fatal de esta época de discordias políticas! Viven dos españoles en la mas invidiable y fraternal armonía hasta que se suscita una cuestión política cualquiera : no se necesita mas para que la buena armonía se la lleve el diablo, y falte poco, si algo falta, para que anden al morro los mismos que fuera de la maldita política serian buenos amigos. Mi mediación y la entrada de la vieja cortaron la fastidiosa disputa. — Vengan Vds., si gustan, nos dijo esta, al gabinete del grande hombre. Y nos llevó á una pieccecita que está al lado del *Pabellon*.

Allí nos enseñó el *facsimile* de una carta de *Rousseau* á Mr. *Latour*, pintor del rey, en Octubre de 1764 con ocasión de haberle enviado su retrato, la cual no deja de ser curiosa. El gabinete está circundado de cuadros, de retratos de las personas con quienes habia tenido relaciones de amistad Juan Jacobo : entre ellos tengo presente que se hallaban los de *Franklin*, *d'Alambert*, *David Hume*, *Beaumont*, *Voltaire*, *Diderot*, *Mad. Geoffrin*, *Miguel Ángel* y otros varios, los cuales ha tenido el gusto de reunir en aquel cuartucho *Mr. Bidoc*, hoy dueño de la casa.

Concluida nuestra visita, y alargando Tirabeque de muy mala gana una expresión á la vieja, nos fuimos á tomar un refrigerio al hotel del *Gran Ciervo*. Durante la refección rodó la conversación sobre las cualidades del filósofo cuyas viviendas acabábamos de visitar. Uno de los compañeros le tenia por un hombre cabal, y podia decirse que era uno de esos que llama Grimm *verdaderos devotos de Juan Santiago*. El otro la tomaba por la inversa, y para él no era *Rousseau* mas que un hombre sedicioso é inmoral. Por mi parte fui siempre y soy ahora de la opinión de uno de sus biógrafos que dice : « El carácter moral de este hombre célebre parece imposible de analizar, porque es un compuesto de elementos tan encontrados que admira verlos reunidos en un solo hombre. » Tirabeque tambien echaba por el atajo, y tomando parte en el juicio de calificación, decia : — Señor, él sería todo lo grande que le quieran hacer los franceses, pero para mí el hombre

que se enamora de una criada tan tonta que no entendia las horas de un reloj, tiene hecha la apología. Echámonos todos á reir del juicio crítico de Tirabeque; al mismo tiempo sonó una corneta de pistón; salimos á ver, y era la del cochero que avisaba ser la hora de regresar á *Saint-Denis*; con lo cual acordámos trasladar nuestras cuatro humanidades de la mesa al carruaje, y á los dos minutos ya estábamos en camino.

Saint-Denis.

Como decia Tirabeque, el ir á visitar los sepulcros de los reyes de Francia no impedia reparar lo que se hallase al paso; y en efecto, á la entrada de la población nos hizo notar el retumbante rótulo de una cantina que decia : « *Cantina del fuerte de la doble corona del Norte*. » — Mire Vd., señor, añadía, que llamar á una cantina « *del fuerte de la doble corona del Norte* » no les ocurre mas que á los franceses. En efecto es así, y esto bastará para que el lector se figure los altisonantes títulos con que ellos bautizan cualquier insignificante establecimiento.

La pequeña ciudad de *Saint-Denis* es población de unos 5,000 habitantes : tiene muchas y excelentes fábricas de manufacturas, y un colegio de educación para 500 señoritas hijas de individuos de la Legión de Honor. Pero lo notable en *Saint-Denis* es su hermosa y vasta catedral gótica. Cuando nosotros estuvimos se hallaba en reparación. Un cabildo de diez obispos y veinte y cuatro canónigos ha reemplazado á los cenobitas de la antigua y célebre Abadía. Destinada á sepulcro de los reyes de Francia desde Godobero I, fué profanada y destruida por la revolución, quedando sin techos, sin altares, sin reliquias y sin tesoro. Despues ha sido reedificada, y hoy se encuentra en mas brillante estado que nunca. Los restos de los monarcas destrozados en aquella época calamitosa han vuelto á encontrar allí un asilo, y se han agregado las cenizas de Luis XVI, de la reina María Antonieta y de sus tias, y los despojos de Luis XVIII y del duque de Berri.

Nuestro conductor empezó enseñándonos los sepulcros de mármol que decoran el cuerpo de la suntuosa iglesia, especialmente los de los reyes Henrique II y su mujer, que se hallan á la izquierda, y los de Francisco I y su mujer que se encuentran á la derecha del altar mayor; cada uno de estos monarcas descansa al lado de su esposa, y todos cuatro están desnudos como su madre los

parió, única cosa en que los reyes nacen iguales á los demas hombres. En derredor del sepulcro de Francisco I están retratadas en bajos relieves todas las batallas del gran monarca. Yo me puse á examinarlas despacio por la curiosidad de ver si encontraba la famosa batalla del *sitio de Pavia*, donde Francisco I quedó prisionero del emperador Carlos I de España, y no la hallé. Entónces pregunté al conductor (maliciosamente en verdad), « podréis decirme cuál de estas es la batalla de *Pavia*? — ¡Ah! me respondió: perdonad; la batalla de *Pavia* no está aquí; todo el espacio le han ocupado las otras, no ha quedado lugar para ella. Todos á la una admirámos la sutileza de la respuesta, y bromeábanme mis compañeros compatriotas diciéndome que habia encontrado con la horma de mi zapato, no pudiendo dejar de reconocer yo mismo el mérito de la ingeniosa y pronta evasiva del frances.

En seguida nos condujo á las catacumbas ó bóvedas subterráneas donde descansa un pueblo entero de reyes en magníficos y costosos mausoleos. Honda y sublime es la sensacion que se experimenta al contemplar las tumbas de los monarcas de quince siglos, al repasar las páginas de mármol de aquella larga cronología de reyes, en que á cada paso se encuentran recuerdos históricos y monumentos de príncipes de sangre española. Pero lo que se nos hizo mas notable á todos fué hallar el sepulcro y estatua de Luis XVII, de aquel jóven y desgraciado príncipe, hijo de los infortunados Luis XVI y María Antonieta, víctima de la crueldad revolucionaria.

Era ya tarde, y la necesidad de regresar á Paris puso término á aquella importante revista, que suspendimos con ánimo resuelto de hacerla otro dia mas despacio, como lo ejecuté por mi parte, y como aconsejo á todo español que lo verifique, pues no debe visitarse ménos que dos veces la interesantísima y memorable catedral de *Saint Denis*.

La gran Muralla.

—Señores, nos decia Tirabeque en el camino, saquen Vds. los relojes. — ¿Y para qué, le dije yo; á las cinco en punto hemos salido de Saint-Denis. — No, señor, no es para saber á qué hora hemos salido; es por una curiosidad: á ver si se pasa un minuto sin que encontremos algun carruaje. En efecto, es tal y tan activa la comunicacion de Saint-Denis con la capital, que con dificultad, es-

pecialmente á la caída de la tarde, hora en que salen tambien las diligencias de Paris que van en aquella direccion, con dificultad, digo, se pasará un minuto ni aun medio, sin encontrar algun carruaje en el espacio de las dos leguas. Puede decirse que no se interrumpe la línea que forman entre los de ida y los de vuelta. Los oídos padecen considerablemente con aquel ruido insoportable.

Una de las cosas que en esta jornada fueron objeto de nuestra conversacion y de nuestras reflexiones, fué la obra de la *gran muralla de Paris*, esa obra gigantesca, concebida y proyectada por Luis Felipe, y aprobada por las Cámaras despues de tantos y tan acalorados debates. Esta obra colosal se está llevando á efecto con actividad y con teson. Á la distancia de média legua ó tres cuartos de las *barreras* ó puertas de la ciudad, en cualquier direccion que se salga, se ven los trabajos de esa obra que ha de producir un cambio en la importancia militar y política de aquella inmensa poblacion, no sabemos si para bien ó para mal suyo, si para bien ó para mal de la Francia entera, si para su libertad ó para su esclavitud.

Creo que no bajará de doce ó catorce leguas la zona que comprenderá la muralla con sus fortines avanzados, y que no será de ménos de sesenta ú ochenta mil hombres el ejército necesario para defender el amurallado pueblo de una invasion. Los millones de francos que se lleva invertidos, y los que se invertirán en la construccion de tan vastísima muralla, el lector los podrá calcular, si cálculo hay que abarcarlo pueda. Nosotros admirábamos unánimemente la docilidad de un millón de corderos que se dejan encerrar dentro de aquel gran redil, y la atrevida resolucion del pastor que lo hace fabricar para su ilustrado rebaño. Y haciendo esta reflexion llegámos á Paris.

Un culto raro.

Ofrecí hablar de un culto religioso, el que mas me ha llamado la atencion de cuantos cultos vi en Francia, Holanda y Alemania, y voy á cumplirlo.

Yo habia visto anunciado el culto de la *Iglesia Católica francesa* en Paris, sin otra circunstancia que la de celebrarse los oficios en *idioma frances*, y aunque creí que sería esta sola la novedad que ofreciera, determiné dedicar á él la mañana del domingo en compañía de Tirabeque: se entiende, despues de haber cumplido